

Dime que te doy asco

Alison Rumfitt

Traducción de Lara Alonso Corona



**levanta
fuego**

Primera edición en castellano: abril de 2026
Título original: *Tell Me I'm Worthless*

© 2021, Alison Rumfitt
Publicado originalmente por Cipher Press
© 2026, Levanta Fuego, por esta edición
© 2026, Lara Alonso Corona, por la traducción

Diseño de cubierta: Tania Cearreta
Diseño de interiores y maquetación: Marta García

Publicado por Levanta Fuego
www.levantafuego.com
contacto@levantafuego.com

ISBN: 979-13-990081-6-6
Depósito Legal: LE-139-2026

LO SIENTO POR DEJAR
QUE EMBRUJES ESTE LIBRO

Dime que te doy asco es un libro sobre dos cosas, principalmente, y esas cosas son el trauma y el fascismo. Me ha parecido importante incluir una advertencia sobre el contenido aquí, al principio, para decir esto. En el tratamiento de esos temas, la novela habla de racismo, antisemitismo, transfobia, violación (tanto de forma abstracta como gráfica), autolesiones y suicidio.

Puede que no estés de acuerdo con la inclusión de una advertencia sobre el contenido al principio de un libro. Si es así, estás en tu derecho. Pero, por favor, no te quejes a mis editores. La decisión ha sido mía y solo mía.

El fascismo, como el deseo, está desperdigado por todas partes, en trozos y piezas separados, dentro de toda la esfera de lo social; cristaliza en un lugar u otro, en función de las relaciones de fuerza. Del fascismo se puede decir que es todopoderoso y, al mismo tiempo, ridículamente débil. Y que sea lo primero o lo segundo depende de la capacidad de las disposiciones colectivas, de los grupos-sujeto, para conectar la libido social, a todos los niveles, con toda la gama de máquinas revolucionarias del deseo.

FÉLIX GUATTARI, «Everybody Wants to be a Fascist»,
Semiotext(e), volumen II, n.º 3

Pero ¿con qué frecuencia pensamos, realmente, sobre la estrategia del género a gran escala? ¿Sobre ese embrollo de historia y sociología, biología y teoría lúdica que dio origen a tus pantalones y tu pelo y tu sueldo? ¿Sobre el casus belli?

Puede que digas: a menudo. Todo el rato. Me atormenta. Entonces tú, más que nadie, has ayudado a crearme.

ISABEL FALL, «Helicopter Story», *Clarkesworld*, n.º 160¹

1 Isabel Fall se convirtió en *cause célèbre* entre los lectores/escritores de ciencia ficción al publicar un relato en *Clarkesworld* donde la narradora se realizaba una operación para transicionar al género «helicóptero de combate». La premisa de la historia levantó grandes críticas —muchas de ellas entre escritores queer ya consagrados en la ciencia ficción y fantasía— pues se consideraba que se estaba haciendo mofa del dolor que causaba en las personas trans el ahora ya mítico chiste de la extrema derecha tránsfoba de «me identifico como helicóptero de combate». Fue tal la polémica (con muchas especulaciones al respecto de la identidad de quien había escrito el relato) que la autora retiró la historia de la revista y mantuvo su

anonimato. Tiempo después reveló que ella misma era una persona transfemenina que había utilizado el relato para explorar su propio género, pero que la reacción de los lectores la llevó a abandonar la escritura y a detransicionar. El incidente de la expulsión de Isabel Fall del fandom de ciencia ficción queer ha sido un momento definitorio para toda la comunidad, y con la distancia se considera la cúspide de cierto identitarismo y de la política de la respetabilidad. *(Todas las notas son de le traductore).*

Prólogo

EL ROSTRO EN LA PARED

Mucho después de que la casa haya desaparecido, sigue allí.

El chico y sus padres se mudaron a un piso nuevo hace más o menos un año. Era un piso nuevo, pero no daba la sensación de ser nuevo; era húmedo y frío, y les resultó hostil desde el momento en que entraron con sus cosas a cuestras. La madre del chico se dio cuenta, en ese instante, de que habían cometido un error terrible, pero para entonces ya era demasiado tarde. Vivían allí. No se podían permitir vivir en ningún otro sitio.

La madre y el padre del chico han estado preocupados. Las notas del chico nunca han sido espectaculares, pero ahora parecen haber bajado aún más. No tiene amigos y, lo que es peor, no tiene ningún interés en hacerlos. Cuando le proponen apuntarse a alguna extraescolar o a algún deporte, se encoge de hombros. Se preguntan si es autista, pero su padre se mofa de esa idea. Es el tipo de hombre que piensa que tener un hijo autista significa que él también tiene algo malo. Su padre, un hombre grande con la cara colorada, está sentado en el sofá delante de la televisión, despotricando acerca de cómo *los*

putos inmigrantes le están quitando el trabajo. El chico puede oírlo a través de la puerta de su habitación. Pasa mucho tiempo dentro de su habitación. Es pequeña y oscura. Su madre intentó que colgase algunos pósters, pero para colgar pósters te tiene que gustar algo, y él no está seguro de que haya nada que le guste. Sabe que hay cosas que le deberían gustar: el fútbol, los raperos, las películas de acción. A los chicos les gustan ese tipo de cosas. Pero él no consigue sentir nada por todo eso, salvo una leve y pasajera curiosidad.

La luz que cuelga del techo de su dormitorio parpadea, la bombilla parece amenazar con fundirse. La humedad se cuela a través del empapelado que hay sobre su cama. A veces observa la mancha de humedad y cree ver figuras en ella. Ojos, una boca extremadamente amplia, abriéndose para tragárselo entero. Ahora tiene doce años y cree que ya debería haber superado lo de ver monstruos en el papel de la pared pero, aun así, le pide ayuda a su madre. Ella consigue que su padre vuelva a empapelar la habitación, y durante un tiempo eso da resultado: las manchas, las figuras que se esconden dentro de las manchas, desaparecen. Pero dos meses más tarde ya han vuelto y, aunque no parezca posible, más grandes que antes. Aún puede ver las siluetas. Aún puede ver la humedad formando unos ojos grandes y blancos y una boca retorcida que grita, y en esa boca la impresión de una lengua y de unos dientes. No le deja dormir por las noches. En sus sueños, la forma se vuelve más precisa, se convierte en una mujer, y esta mujer que grita, con las extremidades completamente dobladas en extraños ángulos, empuja su cuerpo a través del ladrillo, a través del papel, rasgándolo para meterse en su habitación y

agarrarle. Cuando le atrapa, él se despierta llorando. Al principio, su madre entra en la habitación y le abraza hasta que vuelve a dormirse. Después de un tiempo, se rinde. Porque, a ver, ¿de qué sirve? Lo hace casi todas las noches. Su padre dice que a lo mejor le está mimando demasiado, que si sigue así, abrazándole hasta que deje de llorar, se va a convertir en un mariquita y él no tiene intención de que su hijo sea un mariquita.

El chico empieza a buscar en Google algunas de las cosas que dice su padre, en el ordenador anticuado que tiene encima de la mesa. Se lo dieron para el colegio, pero casi no lo usa para cosas de clase... En vez de eso, lo usa sobre todo para buscar las frases que dice su padre en voz baja cuando ha bebido demasiado. Mi padre tiene razón, piensa él. Sobre esas cosas. Sobre los inmigrantes y los gays y las feministas y los del Black Lives Matter derribando estatuas, estatuas *históricas*, partes icónicas de nuestro patrimonio, y de hecho su padre no va lo bastante lejos... El chico descubre foros en los que otras personas, chicos mayores que él y hombres, en su mayoría, le cuentan cómo es el mundo en realidad: una conspiración inmensa, de la inmigración masiva, de los judíos en los medios de comunicación, de las feministas, del marxismo cultural ahistórico que está contando mentiras sobre el pasado. Manipulando a la juventud. Están dentro de las escuelas. También de la suya. Son las cuotas de diversidad, son los profesores que preguntan a los alumnos por sus pronombres. A veces, alguno de los hombres mayores le pide que le envíe fotos de sí mismo. Le parece mal, pero aun así las manda, fotografías suyas desnudo, pixeladas por la webcam, que envía a cuentas anónimas.

Sin embargo, lo que quieren principalmente es seguir escondidos. Escriben ristas de insultos. Dicen que van a hacer algo. Algo está a punto de pasar, le dicen al chico. Prepárate para la tormenta, asegúrate de estar en el bando correcto. El chico piensa: bueno, entonces tengo que asegurarme de estar en el bando correcto. Tengo que hacer algo. El rostro en la pared se retuerce aún más, la boca se abre aún más, los ojos se vuelven más frenéticos. Pero él ya no tiene pesadillas con eso. Ya no se despierta gritando. Por lo menos, sus padres están contentos con eso. A lo mejor a su niño extraño le van a ir bien las cosas. Han hecho un buen trabajo con él, ¿a que sí? Están haciendo un buen trabajo. Teniendo en cuenta las circunstancias. Teniendo en cuenta la falta de dinero y el piso de mierda. Y el gobierno, y el estado del mundo. Y la dirección en la que parece ir todo. Han hecho un buen trabajo, se dicen a sí mismos, hemos hecho un buen trabajo, estamos criando a un buen chico, hemos criado a un buen hijo, una y otra y otra vez, insisten, se insisten a sí mismos y a quien quiera oírles, repitiéndolo hasta que se ponen enfermos.